



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



CURAS MEDICINALES ENTRE LOS HUNGAROS

por el

Doctor ANTONIO PAU ARIAGA

Burujón (Toledo).

La lectura del artículo del profesor Starkie, «Curas medicinales entre los gitanos», publicado en uno de los últimos números de *MEDICAMENTA*, lleno de curiosos datos y consideraciones, algunas de ellas referentes a la medicina teúrgica y el curanderismo en la Puszta húngara, me ha impulsado a recoger en estas líneas algunos recuerdos y observaciones directas hechas en el mismo país y referentes al mismo tema.

En la lengua magyar, la palabra «puszta» no evoca solamente la poesía de la estepa, infinita como el mar, de vastos pastizales cruzados por los rebaños de caballos, cantados por Alejandro Petöfi. En el lenguaje de las gentes que habitan la parte de Hungría extendida entre la orilla derecha del Danubio hasta los confines de las antiguas provincias austríacas, no puede tener el mismo significado, por la sencilla razón de que en dichas regiones no existen llanuras. «Puszta» significa allí una aglomeración, a veces muy importante, de construcciones, granjas, establos y graneros, edificadas en el centro de las grandes propiedades. Generalmente poseen una escuela y una iglesia, o, por lo menos, una capilla, que a menudo está adosada a un ala del castillo, pues también suele haber, en medio de un parque maravilloso, un castillo imponente, con tenis, estanque, jardines con parterre o parques de estilo inglés con majestuosas avenidas bordeadas de estatuas, y todo ello rodeado de una soberbia verja, la mayor parte de las veces de gran altura. El edificio que sigue en importancia al castillo es el establo y boyeriza, a veces aun incluso más importante que aquél, y después, la casa del administrador o mayordomo, casi siempre—no sabemos por qué oscura tradición—rodeada de una fila de cipreses o abetos. Todas estas construcciones son, en general, independientes unas de otras. En cuanto a los alojamientos de los criados, no tienen realmente ninguna magnificencia. Viven casi siempre como proletarios de suburbios, bajo un techo común, en grandes construcciones, en las que los alojamientos están separados unos de otros solamente por una delgada pared. Estas viviendas colectivas están divididas en toda su longitud en compartimientos de dos piezas, entre los cuales se encuentra la cocina común. En la región de Somogy yo he visto muchos alojamientos de este tipo sin chimenea, de modo que el humo se escapaba por las puertas de las cocinas.

Los habitantes de la «Puszta» no tienen, realmente, nada de esa arrogancia orgullosa que, según la creencia generalmente extendida, caracteriza a la raza magyar. El pueblo de la «Puszta» es humilde, no por cálculo o por razonamiento, sino por herencia, por atavismo, y como consecuencia de una experiencia milenaria. De todas las teorías relativas al origen de los magyares, ninguna me ha dado la impresión de una revelación, ninguna llega a tocar el corazón tanto como la más reciente, según la cual, los húngaros no llegaron al país con Arpad, sino en tiempo de Atila, portadores dóciles de los equipajes de éste, e incluso

antes que Atila. Sin duda, gracias a su docilidad, no fueron aplastados con los hunos o los ávaros, de suerte que pudieron sobrevivir y servir a los hunos, los ávaros o los francos; en resumen, a todos los que les sojuzgaron. Para acabar: los guerreros turcos de Arpad (enterrado por sus soldados, al morir, en la famosa roca de Buda, emplazamiento de la actual capital de Hungría), conscientes de su valor, elaboraron un Estado con el pueblo taciturno y trabajador que abandonó todo a los nobles conquistadores, incluso su magnífica lengua, siguiendo en esto la ley histórica que regía las relaciones entre los pueblos conquistadores y pueblos conquistados.

Como lo requería la naturaleza misteriosa de su oficio, los curanderos llegaban en gran secreto, pero la noticia de su venida se extendía con la velocidad del rayo, y todo el pueblo se hubiera precipitado a su encuentro si un temor supersticioso no se lo hubiera impedido. Cuando se instalaba en la cocina de la casa cuya hospitalidad había de disfrutar durante su estancia en el pueblo, se sentía en la «Puszta» una atmósfera indefinible de esperanza vivificadora. ¿Cómo obtenía el saludador este resultado? Obligando a todos aquellos que se acercaban a él en solicitud de ayuda para sus males, a mostrarle una sinceridad absoluta, una sinceridad de la cual eran ellos incapaces, incluso en sueños, no solamente con sus parientes, sino para con ellos mismos. Porque, según explicaban, una sola palabra o un pensamiento embustero, bastaban para privar de su efecto curativo a las hierbas mágicas y a los encantamientos. (Los enfermos se achacaban siempre a sí mismos todo fracaso.) Era también precisa una fe sin reservas.

Y los que creían, curaban. ¿Qué hay de admirable en esto? Malvi, la mujer de un «csikós» (guardador de caballos), que durante la guerra fué mi patrona en un pueblecito húngaro, padeció una glosodinia, diagnosticada por mí como de origen climatérico; pero ningún remedio terapéutico parecía serle útil. La curandera de Uvard trazó sobre su lengua unos signos en cruz con la uña del índice, larga, afilada, y medianamente limpia. Después se volvió cara a la pared durante más de un cuarto de hora. No prescribió ningún remedio. Por fin la ordenó volver a los cinco días. Una Malvi feliz se presentó en el plazo fijado, pero solamente para testimoniar su reconocimiento y ofrecer algunas gallinas, pues en este tiempo había curado por completo.

Las drogas que prescribían eran tan fuertes, que, al tomarlas, el paciente solía pasar sudores de agonía. Pero, ¿no era por eso por lo que curaban? Sin sacrificio no puede uno librarse de ningún padecimiento; los medicamentos son una penitencia. Los viejos médicos rurales aconsejaban a sus colegas más jóvenes prescribir en lo posible remedios amargos. Cuanto más

acentuada tuvieran esta cualidad, más estimados eran. Y, en lo posible, debía ser en forma líquida. Los campesinos lo tragaban más fácilmente. En cambio, no les gustaban los sellos. La lástima era que sólo raramente seguían las prescripciones de los médicos. En la despena de una mujer que murió después de su noveno vómito de sangre, se encontraron todos los remedios que el médico había prescrito en los dos últimos años. Por todos los habitantes del pueblo era admitido que Szakano, un padre de familia, fué curado gracias a los golpes del administrador de la hacienda donde trabajaba. De años atrás sufría un pertinaz estreñimiento. De la oficina le enviaban diariamente aceite de parafina o ricino, pero él continuaba sin regresar al trabajo. Por fin fué enviado a casa del administrador. Szakano se presentó con una gran botella debajo del brazo, en la que había reunido cuidadosamente todas las dosis de parafina y ricino. Se intentó hacérselo tragar todo en el acto. «—Bébetelo eso o te abofeteo»—le gritó el mayordomo. En efecto, le golpeó y le ordenó volver al trabajo al día siguiente. El hombre se inclinó y no volvió a quejarse.

Naturalmente, las gentes no seguían tampoco las prescripciones dietéticas ni en lo más elemental. A los enfermos de fiebre tifoidea, que se debatían en el lecho con una temperatura de 40 grados, les daban a menudo un plato de «sauerkraut» la verdura fermentada de origen alemán. A los que padecían úlcera de estómago, patatas con «páprika», el pimientón encarnado, muy picante, que los campesinos mezclan a muchos alimentos. «—Lo pedía con tanto afán el pobre, que no pudimos negarnos», se oía después decir a los familiares.

Por el contrario, se observaba cuidadosamente lo ordenado por los curanderos. Si éstos lo indicaban, la gente se decidía incluso a tomar un baño, aunque con pena y trabajo. Los criados no tienen, en efecto, ninguna instalación para bañarse. En cambio, en la mayor parte de los dominios existen, para bañar los puercos, instalaciones perfectas de cemento, sombreadas frecuentemente por árboles colocados alrededor. Si se veía transportar la tina de la colada a una habitación y se veía calentar agua, en seguida se sospechaba de una orden terminante del curandero.

Hasta los médicos también debían seguir en muchos casos los procedimientos de los curanderos, si querían obtener éxito. La historia del enriquecimiento del farmacéutico de K... no es una historia inventada. Preparaba los medicamentos según las órdenes estrictas de los médicos, pero cuando los entregaba a los labradores les advertía al oído que, para ser eficaces, debían ser tomados a medianoche, en el centro de un círculo trazado en la tierra, o en un cruce de dos caminos. Después era preciso lanzar su garrota a varios metros y retornar a casa sin volver la cabeza. Para cada medicamento daba curiosas y parecidas instrucciones. Consiguió acaparar la clientela de muchos kilómetros a la redonda. Para las compresas, fomentos y envolturas húmedas, ordenaba algún médico que se usara «agua muda», es decir, agua transportada del río sin pronunciar una palabra. Con esta condición la gente de la «Pusztá» aceptaba encantada los fomentos.

Cuando la mujer de un gañán iba a consultar a

un curandero, solía transmitir a éste todos los temores, dolores y esperanzas de la «Pusztá» entera. Le consultaba no solamente sobre su propio mal, sino sobre una docena de enfermedades más. Los saludadores curaban lo mismo a distancia que vis a vis; sin embargo, si les era posible, iban a visitar a sus clientes, alojándose en casa de sus familiares. La habitación que en ella les destinaban se transformaba inmediatamente en un santuario. Comenzaba un desfile ininterrumpido de campesinos, en un orden fijado de antemano: al anochecer, las mujeres, y los hombres en el resto de la noche. Las idas y venidas, los suspiros y los cuchicheos duraban hasta el alba. Los curanderos no permanecían generalmente más que una noche, con el sentimiento de todos los labradores, que hubieran deseado guardar para ellos durante meses a aquellas mujerucas sarmentosas, de voz cantarina, o a aquellos viejecitos de aire recogido; sin embargo, no todos eran de edad avanzada. El curandero de Szilas, por ejemplo, era un joven bien plantado, que hablaba con los ojos cerrados, lo que certificaba su sabiduría. Pero nunca esperaban al alba para partir, porque la luz del día se hubiera llevado el efecto de sus palabras.

Los que entendían de enfermedades de animales eran consultados con confianza para curar también a las personas. Contra los dolores de estómago, los cocheros administraban un cocimiento de achicoria salvaje, indicado tanto para los caballos como para las personas. En caso de disentería, muy frecuente entre los campesinos, por ser endémica en Hungría, como en sus vecinos países balcánicos, es a menudo empleada una infusión de bardana, y otras veces un cocimiento de ajo, lo que no parece descaminado. Este último remedio se usa también contra los cólicos hepáticos. Para la arterioesclerosis, infusión de aristoloquia. En los catarros emplean ajo macerado en aguardiente, con la oportuna fórmula de encantamiento. Yo mismo he ingerido contra la tos miel mezclada con harina de maíz, después de haber rehusado en «enfant difficile», gargarizarme con orina, medicamento más sencillo y más eficaz. Los cocheros soplaban sobre los órganos genitales de los caballos afectados de durina un polvo de vidrio mezclado con azúcar, para curar esta enfermedad de los équidos, que se transmite por el coito.

Para acabar con una nota festiva, mencionaré aún al radiólogo ambulante. Transportaba sobre su espalda, en una caja enorme, sus aparatos, que servían para «dar corrientes», y que permitían observar también la «fuerza de la sangre». Cuando se encontraba en confianza con alguno, le radiografiaba por la noche, en gran secreto. Ponía una pequeña bombilla eléctrica encendida en la boca del paciente y le observaba por el orificio opuesto. Cuando por la presión indignada del médico local fué detenido por los alguaciles del pueblo, se encontró en su poder una gran cesta de huevos en la habitación que ocupaba en la posada. Era el fruto de su trabajo. Había «radiografiado» a dos huevos por cabeza.